

Skulduggery Pleasant,

detective esqueleto

EL REINO
DE LOS MALVADOS

DEREK LANDY

Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Traducción: Ana H. Deza

Ilustración de cubierta y letras capitulares: Tom Percival
Diseño de cubierta: HarperCollins Publishers, 2012
Adaptación de cubierta: Lara Peces

Título original: *Skulduggery Pleasant, Kingdom of the Wicked*

Publicado originariamente en Gran Bretaña por HarperCollins Children's Books 2012
HarperCollins Children's Books es una división de HarperCollinsPublishers Ltd
77-85 Fulham Palace Road, Hammersmith, Londres W6 8JB

- © Derek Landy, 2012
- © Ediciones SM, 2014
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com
- © Letras capitulares: Tom Percival, 2012
Skulduggery Pleasant™ Derek Landy
Logo SP™ HarperCollins Publishers Ltd

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro está dedicado al departamento de prensa de la editorial HarperCollins.

Los publicistas son raros. Mitad representantes, mitad guardaespaldas, mitad mayordomos: solamente sois felices cuando os hacéis cargo de la vida entera del autor. Me encantaría echaros la bronca, pero nunca me he encontrado con un solo publicista que parara de hablar el tiempo suficiente para permitirme decir algo.

En primer lugar, esto va por la división irlandesa de la editorial, por esa leyenda que es Moira O'Reilly y por el gran Tony Purdue.

También va por la división de Reino Unido, en el pasado y el presente (lamentablemente, no en el futuro, pero espero que los publicistas que haya no duden en aceptar esta dedicatoria como si les fuera destinada):

A Emma Bradshaw: por las veces en que me burlaba de la música que llevabas en el iPod. Ay, cómo nos reíamos (yo).

A Catherine Ward: por el momento que compartimos con *La princesa prometida*. ¿Cómo es posible que no lo recuerdes?

A Tiffany McCall: llevas de tono en el móvil la Marcha Imperial. ¿Cómo no íbamos a llevarnos bien?

A Sam White: me gusta pensar que jugué un papel importante en tu decisión de casarte con un irlandés. De nada.

A Mary Byrne: *Las chicas Gilmore*. Simplemente... *Las chicas Gilmore*.

A Geraldine Stroud: gracias por el diccionario inglés-polaco que me trajiste. No conseguí nada con la chica del supermercado, pero al menos lo intentaste.

Os lo dedico a todos: sin vosotros, mi vida sería mucho más sencilla. He aprendido mucho de vosotros, y me atrevería a decir que vosotros también de mí. En concreto, habéis aprendido a no dejarme nunca solo en el andén de una estación. Siempre me subiré al tren equivocado.

PRÓLOGO



ESTABAN subidos en el tejado, disfrutando de aquel hermoso día primaveral.

–Hazlo –exigió Kitana en voz baja y apremiante.

Se mordió el labio inferior con sus dientes blancos y rectos. Tenía las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes. Estaba deseando aprender una nueva forma de hacer daño a la gente.

Doran se volvió hacia la chimenea y extendió el brazo. Gruñó, con la cara congestionada y los músculos del cuello tensos. Hubiera resultado gracioso si su mano no hubiera empezado a brillar, con un resplandor que se hizo más intenso a medida que Doran se concentraba.

–Fenomenal –bufó Sean–. Así que ahora tenemos el mismo poder que una linterna. ¡Que el mundo tiemble!

–Cállate –ordenó Kitana con aspereza–. Déjale que se centre.

A Sean no le gustaba que Kitana le hablara así. Elsie se lo notó en la cara: estaba enfadado, avergonzado, herido. Si ella hubiera empleado ese tono con él, seguramente ni se hubiera dado cuenta. Aunque Elsie nunca le trataba así: ella no era como Kitana, que podía pasarse el día entero burlándose de él y a la mañana siguiente, con solo una sonrisa, lo tenía de nuevo comiendo de su mano.

Elsie no era antipática como Kitana, pero tampoco era tan guapa como ella, tan rubia como ella, tan delgada. Era rechoncha y feúcha, y ni el pelo teñido ni la ropa negra ni el piercing del labio podían disimularlo.

Un destello salió disparado de la mano de Doran, voló crepitando e hizo un agujero en la chimenea.

Kitana gritó de alegría y Sean se quedó boquiabierto. Doran bajó la mano, sonriente.

–Esta vez me ha costado menos –dijo–. Se hace más fácil cuanto más practicas.

–¡Enseñame! –exclamó Kitana corriendo hacia él–. ¡Tienes que enseñarme a hacer eso!

Doran soltó una carcajada, se puso a su espalda y le guio el brazo con una mano mientras le apoyaba la otra en la cadera. Le susurró algo al oído y ella asintió, atenta a sus palabras. Elsie le echó una mirada a Sean: ya no parecía dolido, sino celoso. Elsie no pudo evitar sentirse decepcionada: Doran no era más que un matón y un idiota que babeaba por Kitana como casi todos los chicos de su instituto, pero Elsie creía que Sean era distinto. Suspiró y se acercó a ellos; cuando estaba a medio camino, la mano de Kitana refulgió y la chimenea voló en pedazos. Ella gritó encantada y abrazó a Doran.

–Ha sido genial –le comentó Elsie a Sean, y él respondió algo entre dientes–. Deberíamos intentarlo.

–Haz lo que te dé la gana –gruñó Sean alejándose de ella.

A Elsie se le cayó el alma a los pies. Cada vez que hacía un esfuerzo por animarse, se hundía más aún. Siguió a Sean y escuchó a medias las instrucciones que Doran les daba.

Doran tardó poco en perder la paciencia y empezar a insultarla. Kitana se rio, animándole. Sean estaba demasiado concentrado en la forma de hacer el nuevo truco; Elsie dudaba que fuera consciente de que se estaban metiendo con ella otra vez.

Tal vez fuera lo mejor. Si se daba cuenta y no hacía nada por evitarlo, sería mucho peor, ¿no?

Finalmente, tras muchas burlas e insultos, Elsie comenzó a sentir el poder en su mano como un ardor creciente. A Sean le temblaba el brazo.

–¿Sientes el calor? –preguntó Doran–. Haz que arda mucho más, que te queme. Hasta que casi te duela.

Estaban los cuatro de pie, formando un círculo, con los brazos alzados hacia el cielo. Kitana ya lo había logrado dos veces.

–¿Lo sientes? –preguntó Doran.

–Sí, sí –asintió Sean con impaciencia–. ¿Y ahora, qué?

–Ahora lo empujas y lo sacas –dijo Doran–. Reúnes toda la energía y la sueltas sin más. Así.

Un rayo chisporroteante salió disparado de su mano, y un instante después, el haz de energía de Kitana se unió al suyo. Era de un color más intenso, que se mezclaba con el de él.

–Esto es genial –musitó Kitana.

Sean apretó los dientes, con la frente perlada de sudor. De pronto, la luz de su mano se hizo más brillante y un rayo salió despedido hacia las nubes. Soltó una carcajada temblorosa.

Elsie se dio cuenta de que Kitana la miraba fijamente.

–La última. Elsie, vamos, tú puedes.

Elsie se lamió los labios.

–Lo estoy intentando.

–Pues inténtalo mejor –la voz de Kitana ya no tenía el tono juguetón que empleaba cuando hablaba con los chicos; siempre que se dirigía a Elsie, era cortante y seca–. No puedes ser la única incapaz de hacer esto. Una cadena es tan fuerte como su eslabón más débil, ¿no lo has oído nunca?

Por supuesto que lo había oído. ¿Quién no conocía esa expresión? Pero Kitana era siempre así con ella: la trataba como a una idiota. En vez de contestarle, se tragó la frustración que sentía

y la añadió al calor de su piel, que parecía arder de verdad. Era como si fuera a estallarle la mano.

–Date prisa –la apremió Doran–. No podemos mantener esto así eternamente.

Elsie se concentró en el calor y lo empujó con todas sus fuerzas a través de la piel, tensando todos los músculos del cuerpo. Un rayo de color naranja atravesó el cielo y se unió a los de los demás. Sin poder evitarlo, Elsie se rio. Era tan bonito... Era precioso.

Doran fue el primero en cortar el flujo de energía. Bajó la mano, jadeando. Kitana le siguió poco después; luego lo hizo Sean y por último Elsie. Estaba exhausta, como si hubiera agotado todas sus fuerzas en provocar aquel rayo, pero notaba un hormigueo por todo el cuerpo. Sean y Doran sonreían también; solo Kitana tenía los ojos entrecerrados, como si hubiera preferido que Elsie no fuera capaz de hacerlo.

Un coche se detuvo en mitad de la carretera y de él salió un hombre con aspecto encolerizado.

–¡Bajaos de ahí! –gritó.

–¿Por qué? –respondió Kitana–. ¡Tenemos permiso del propietario! A no ser que tú seas el propietario; en ese caso, lárgate o te mataremos.

–Podríamos usarlo para hacer prácticas de puntería –musitó Doran.

Antes de que Elsie protestara, el hombre bajó los brazos. De pronto pareció desatarse un vendaval, y el hombre se elevó como si volara. Los cuatro chicos dieron un salto hacia atrás cuando el hombre aterrizó delante de ellos.

–¿Tenéis la menor idea de lo arriesgado que es esto? –gruñó, furioso–. Estáis al aire libre, por el amor de Dios. ¿Es que sois idiotas, chicos?

–Tú... ¿Tú eres como nosotros? –preguntó Kitana, perpleja.

–He visto vuestro puñetero rayo a kilómetros. ¿Qué pretendéis? ¿Es que queréis llamar la atención?

–No sabíamos que hubiera nadie más –protestó Kitana.

–¿Nadie más? –el hombre la miró fijamente–. ¿Qué? ¿A qué te refieres?

–A gente como nosotros. Con superpoderes.

–¿Qué? ¿De qué estás hablando? Escuchadme bien: no sois superhéroes, sino hechiceros, y los hechiceros no utilizan sus poderes donde la gente normal pueda verlos. Tenéis que andar con mucho cuidado: de ahora en adelante, el secreto es la regla número uno.

–Lo sentimos mucho, señor –dijo Kitana.

El hombre suspiró.

–Me llamo Patrick Xebec.

–Vaya nombre más idiota –murmuró Doran.

–Doran –advirtió Kitana con frialdad.

–No hay tiempo ahora para esto –continuó Xebec–, pero tenéis que adoptar un nuevo nombre; si no, otros hechiceros podrían controlarlos.

–¿En serio?

–Yo siempre hablo en serio. Nunca he tenido demasiado sentido del humor, y no se me dan especialmente bien los niños.

–No somos niños –protestó Doran subiéndose la capucha–. Tenemos diecisiete años.

–Cualquiera que tenga menos de noventa años es un crío para mí –replicó Xebec–. Los hechiceros vivimos mucho más tiempo que los mortales.

–Mola –dijo Sean.

–Así que en realidad no te llamas Xebec, ¿no? –preguntó Kitana.

–Es el nombre que adopté. Me gustó y ha sido mi nombre desde entonces.

–Así que si me cambio el nombre de Kitana Kellaway a... No sé, Kitana Qué Guay, ¿ya no podrán controlarme?

–Eso es. Si es que realmente quieres que ese sea tu nombre. Doran sonrió.

–Yo me llamaré Doran el Crack.

–Es el nombre más idiota que he oído en mi vida –comentó Kitana con una risita–. Sean, ¿tú cómo te vas a llamar?

–No sé... ¿Qué te parece Escalofrío Sean? ¿Sean Destino, o algo así? Sean el Rey –soltó una risita–. Decidido: seré Sean el Rey.

Los tres se echaron a reír. Kitana no le preguntó a Elsie cómo quería llamarse.

–¿Sabéis qué? –intervino Xebec–. Escoged los nombres que queráis, a mí me da igual. Yo no estoy cualificado para ayudaros con esto; no me meto en los asuntos del Santuario. Voy a mi aire, vivo mi vida, voy por libre.

–¿Qué es el Santuario?

–Es nuestro gobierno... Tiene policías y soldados, que siempre están salvando el mundo o consiguiendo que los maten. Tenéis que ir a verlos y ellos os contarán todo lo que necesitáis saber. Pero os daré un consejo: en cuanto lo hagan, alejaos de ellos. No forméis parte del Santuario o terminaréis muertos.

–Policías mágicos... –murmuró Kitana–. No me gusta cómo suena eso. ¿Pueden hacer lo mismo que nosotros?

–Existen diferentes disciplinas dentro de la magia –explicó Xebec–. Yo soy un elemental. ¿Vosotros qué podéis hacer?

–Todavía no lo sabemos –repuso Kitana–. Vamos descubriéndolo. Al principio simplemente teníamos mucha fuerza, pero después descubrimos que podíamos mover cosas sin tocarlas. Y ahora somos capaces de lanzar rayos de energía.

–Yo averigüé cómo hacerlo –comentó Doran, orgulloso.

–¿Sois capaces de hacer todo eso? –preguntó Xebec con el ceño fruncido.

–Y seguramente más –añadió Doran–. Cada día descubrimos algo nuevo.

–No sé lo que sois –meditó Xebec–. Deberíais contar con una habilidad, dos como mucho. Y además, tendríais que haber entrenado durante años para dominarlas.

–Puede que tengamos un don natural –observó Kitana sonriendo–. Así que los polis esos no pueden hacer lo mismo que nosotros, ¿no?

–No –dijo Xebec–. Nadie puede hacer todo eso, al menos hasta donde yo sé.

Kitana se mordió el labio.

–Ah, pues me alegro de oírlo.

–Llamaré al Santuario –decidió Xebec–. Ellos averiguarán lo que os está pasando. Vamos.

Les dio la espalda y caminó hasta el borde del tejado. Sean se dispuso a seguirle, pero Kitana le agarró del brazo y lo detuvo.

–No creo que debas telefonarles –dijo.

Xebec se giró en redondo.

–Mira, niña, no sé qué hacer. Yo no os puedo ayudar en nada.

–Pues la verdad es que nos has ayudado bastante; muchas gracias por todo. Pero no podemos permitir que llames a la poli mágica y les hables de nosotros.

Doran alzó el brazo. Su mano resplandeció y Xebec dio un paso atrás, con los ojos desorbitados. No le dio tiempo a decir nada antes de que el rayo de energía le atravesara la pierna. Se tambaleó, gritando.

Kitana respiró hondo y entrecerró los ojos. Xebec se derrumbó. Estaba muerto.

Sean se volvió hacia Kitana.

–¿Qué has hecho?

–Le he aplastado el cerebro con la mente –respondió ella, y soltó una carcajada.

¡Tigre! ¡Tigre! Ardiente resplandor
en las selvas de la noche.
¿Qué inmortal mano, qué ojo
pudo enmarcar tu temida simetría?

WILLIAM BLAKE, *El tigre*

!

LA MARIPOSA Y EL LOBO



SOY una mariposa! –gritó el hombre gordo mientras corría agitando los brazos como si fueran alas (unas alas bastante flácidas y muy poco efectivas).

–La verdad es que no –le repitió Valquiria Caín por octava vez.

El hombre correteó alrededor de ella a la luz de la luna, trazando un círculo amplio, y Valquiria agachó la cabeza para no verlo. Aquel tipo no llevaba camisa, y un instante antes la chica había tenido que apartar la vista de sus tetillas bamboleantes para que no le entraran náuseas. Ahora que los pantalones del hombre estaban empezando a recorrer inexorablemente el camino que conducía a sus tobillos, Valquiria no podía ni mirarle.

–Por favor, súbete los pantalones –suplicó.

–¡Las mariposas no llevan pantalones! –chilló él. Un instante después, los pantalones cayeron al suelo.

Valquiria marcó un número en el móvil.

–Está en calzoncillos –informó enfadada.

La voz aterciopelada de Skulduggery Pleasant sonó extrañamente indecisa.

–¿Perdón? ¿Quién está en calzoncillos?

–Jerry Houlihan. Cree que es una mariposa. Y al parecer, las mariposas no llevan pantalones.

–¿Y es una mariposa?

–No.

–¿Estás segura?

–Totalmente.

–Podría ser una mariposa que sueña que es un hombre.

–Pues no. Es un hombre gordo que sueña que es una mariposa grande y gorda. ¿Qué demonios se supone que debo hacer?

Skulduggery volvió a titubear.

–No estoy seguro. ¿No tendrás por ahí un cazamariposas gigante?

–Quiero pegarle. Quiero pegarte a ti, pero también a él.

–No puedes hacerle eso: es un mortal común y corriente bajo algún tipo de influencia mágica. No es culpa suya que actúe así. Doy por sentado que lo has llevado a un lugar solitario, al menos, ¿no? ¿Valquiria? Valquiria, ¿me oyes?

–Te oigo –murmuró ella débilmente–. Ha empezado a dar un saltito cada tres pasos. Es hipnótico.

–Ya me imagino. Los Hendedores estarán allí en media hora, más o menos. ¿Puedes contenerlo hasta entonces?

Ella aferró el móvil con más fuerza.

–No hablas en serio. No puedes estar hablando en serio. Hemos salvado el mundo. Yo he salvado el mundo. Lo que estoy haciendo ahora mismo no es mi trabajo. Este trabajo es para los demás: ellos lo hacen y tú y yo nos reímos después.

–Hemos de cumplir con nuestro deber, Valquiria. En cuanto se lo entregues a los Hendedores, reúnete conmigo en Phibsborough.

Valquiria suspiró.

–¿Otra noche de trabajo?

–Eso parece. Tengo que dejarte, en serio. Sally Yorke acaba de prender fuego a sus propias rodillas.

La comunicación se cortó. Valquiria apretó los dientes y se guardó el móvil en el bolsillo de sus pantalones negros. Lo que tenía por delante no recordaba nada a la forma en que debería pasar la noche una chica de diecisiete años.

La culpa era del Consejo de los Mayores, por haber dado prioridad absoluta a tonterías como aquella. Sí, Valquiria se daba cuenta de las complicaciones que podía acarrear que unos cuantos mortales corrientes desarrollaran de pronto habilidades mágicas: además de ser una amenaza para sí mismos y para los demás, se arriesgaban a que la existencia de la magia quedara al descubierto, y el Consejo no podía permitir que aquello ocurriera. Pero ¿por qué, de todos los casos que estaban apareciendo en Irlanda, le había tocado a ella encargarse de un tipo raro que creía que era una mariposa? Había docenas de mortales sedados en el Santuario, y ninguno de ellos era tan... chocante como Jerry Houlihan en calzoncillos.

Frunció el ceño y se preguntó por qué ya no oía los pasos de Jerry. Levantó la vista y lo vio revolotear en el cielo nocturno, gritando de felicidad.

—¡Jerry! —chilló—. ¡Jerry Houlihan, baja ahora mismo!

Jerry se echó a reír a carcajadas; aunque su avance era inestable, no cabía duda de que volaba. Cambió de rumbo y se dirigió hacia ella. Valquiria lo siguió con la mirada cuando pasó por encima de su cabeza y se arrepintió al instante de haberlo hecho. Aquella imagen inolvidable había hecho que algo muriera en su interior.

Jerry se desvió y revoloteó hacia las brillantes farolas de Dublín. Valquiria extendió las manos, sintió el viento, se concentró para sentir cómo se conectaba el espacio y después empujó hacia él una ráfaga de aire que lo trajo de vuelta. Necesitaba una cuerda, un cable, algo para mantenerlo allí como una cometa. Una cometa gorda con forma humana.

–¡Jerry! –gritó–. ¿Me oyes?

–¡Soy una mariposa!

–Ya lo veo. Y una mariposa muy bonita, además. Pero ¿no te cansas? Las mariposas también se cansan, Jerry. Tienen que tomar tierra de vez en cuando, ¿no? Las mariposas aterrizan porque se les cansan las alas de tanto volar.

–Se me están cansando las alas –resopló él.

–Lo sé, lo sé. Deberías descansar un rato. ¿Por qué no bajas?

Descendió un poco y Valquiria saltó para tratar de agarrarle el pie. Jerry agitó los brazos más rápido y volvió a elevarse.

–¡No! –aulló–. ¡Las mariposas vuelan! ¡Vuelan muy alto en el cielo! –jadeó.

Estaba perdiendo el ritmo y, a pesar de sus esfuerzos, no pudo evitar descender de nuevo. Valquiria dio un brinco, le aferró de los tobillos y cerró los ojos, intentando pensar en cosas agradables y placenteras. Jerry sudaba a mares, y su piel peluda estaba caliente y pegajosa.

Valquiria repasó todos los buenos momentos de su vida mientras lo bajaba. Cuando casi lo había conseguido, Jerry tomó impulso con todas las fuerzas que le quedaban y ella tuvo que agarrarlo de las lornas de las caderas para que no se le escapara. La mariposa humana se rindió y dejó de aletear, y Valquiria soltó un grito y se derrumbó, aplastada por su peso.

–No soy una mariposa –sollozó Jerry mientras la chica se retorció y luchaba por quitárselo de encima.

Los Hendedores llegaron puntuales, como siempre. Se llevaron a Jerry Houlihan en una furgoneta anodina, tratándolo de forma sorprendentemente amable para ser una especie de autómatas con guadañas a la espalda. Valquiria paró un taxi

y le pidió al conductor que la llevara a Phibsborough. Al llegar, se bajó junto al reluciente Bentley negro de Skulduggery.

El detective esqueleto la esperaba entre las sombras, vestido con un traje gris oscuro y con el sombrero bien calado. Esa noche se había puesto la cara de un hombre con nariz larga y perilla. Hizo un gesto con la cabeza hacia una ventana oscura en el último piso de un edificio.

–Ed Stynes –dijo–. Tiene cuarenta años. Vive solo. No está casado ni tiene hijos. Ha cortado hace poco con su novia. Es ingeniero de sonido y puede que hombre lobo.

Valquiria le fulminó con la mirada.

–Me dijiste que no existían los hombres lobo.

–Te dije que ya no existían los hombres lobo –corrigió él–. Se extinguieron en el siglo diecinueve. Los licántropos solían ser buena gente cuando estaban en forma humana, no como otras criaturas de la noche que podría mencionar, aunque prefiero no hacerlo. A los hombres lobo les horrorizaban las carnicerías que cometían bajo la influencia de la luna, y luchaban con todas sus fuerzas contra su lado oscuro. Buscaban una cura, se aislaban... Hacían todo lo que estaba en su mano para asegurarse de que la maldición no se extendía a otros.

–No como los vampiros –bufó Valquiria.

–Tú los has nombrado, yo no.

–Si ya no quedan hombres lobo, ¿por qué crees que Ed Stynes es uno?

–Ayer por la noche, varios vecinos del barrio afirmaron haber visto a un perro grande o a un hombre disfrazado de oso –explicó Skulduggery–. No hizo daño a nadie. Los licántropos no suelen atacar la primera vez, a no ser que se vean acorralados. Pero la segunda vez las cosas se ponen mucho más violentas.

–Pero si están extinguidos...

–La infección se fue diluyendo generación tras generación, pero todavía pervive en un pequeño porcentaje de la población mundial. Es demasiado débil para manifestarse en una auténtica transformación... A no ser que los portadores de la infección obtengan habilidades mágicas de forma repentina e inexplicable.

–Así que Ed es como mi hombre mariposa de antes.

–Sí: el último caso de una larga y preocupante lista de mortales que desarrollan habilidades mágicas. Por desgracia, en el caso de Ed esto ha desencadenado un rasgo latente en su organismo. Necesitarás esto –le entregó un rifle.

Se le abrieron los ojos como platos.

–¿Esto es para mí? ¿Me lo das? Cómo mola.

–Lleva dardos tranquilizantes.

–Ah –se le ensombreció el rostro.

–Sigue molando exactamente igual –insistió Skulduggery–. Pero me lo tienes que devolver. Forma parte de un conjunto; yo tengo el otro, y no me gusta que estén separados. Está cargado con un solo dardo tranquilizante. Lo único que tienes que hacer es apuntar y apretar el gatillo. El dardo lleva suficiente tranquilizante como para derribar a un...

–¿Elefante pequeño?

–¿Qué? –Skulduggery inclinó la cabeza y la miró.

–Ya sabes: en las películas, cuando van a capturar algo peligroso, siempre dicen que los dardos llevan suficiente cantidad como para derribar a un elefante pequeño.

–¿Y qué tienen contra los elefantes pequeños?

–Pues nada, pero...

–Lleva suficiente tranquilizante como para derribar a un hombre lobo, que es exactamente lo que queremos hacer. ¿Para qué queremos abatir a un elefante pequeño si no estamos cazando elefantes?

–Es lo que dicen en las películas.

- ¿En las películas de cazadores de elefantes?
- No, no especialmente.
- Si estuviéramos dando caza a un hombre elefante, entendería la referencia.
- No existen los hombres elefante.
- Claro que existen. Hay de todo: hombres perro, hombres gato, hombres pez...
- ¿Hay hombres pez?
- Por lo general, no sobreviven mucho tiempo lejos del agua.
- No me creo ni una palabra. Ya he picado demasiadas veces.
- No sé de lo que estás hablando –Skulduggery cruzó la carretera y Valquiria le siguió.
- ¿Ah, no? Dices que existe algo, y cuando empiezo a dudar y pregunto si de verdad existen los hombres pez, me miras fijamente y dices: «¡Pues claro que no, Valquiria! ¿Cómo puedes creerte semejante tontería?». Y yo me siento imbécil. Igual que con lo de la colonia de hombres pulpo.
- ¿La qué?
- Me dijiste una vez que existían los hombres pulpo.
- ¿Y me creíste?
- ¡Tenía doce años!
- Llegaron a la puerta del edificio.
- Aun así, la mayor parte de los niños de doce años no creen en los hombres pulpo.
- Yo era muy impresionable y me tragaba todo lo que me contabas.
- Ah, recuerdo aquellos tiempos –suspiró Skulduggery antes de sacar el revólver y ponerse a cargarlo–. Sin embargo, los hombres pez no existen.
- Eso no parecen dardos tranquilizantes.
- Porque no lo son. Son balas de plata: lo único que puede matar a un hombre lobo. Sin contar la decapitación, pero eso es porque...

–... la decapitación lo mata prácticamente todo –terminó Valquiria.

–Exactamente.

–Salvo a los zombis.

El detective esqueleto volvió a guardarse el revólver en la funda del hombro.

–Esto solo lo usaré como último recurso. Ed Stynes es un buen tipo, y no quiero matarlo solo porque se convierta en hombre lobo unas cuantas noches al mes –se sacó un par de ganchales de la chaqueta y comenzó a forzar la puerta de la calle.

–¿Y por qué no esperamos a que amanezca para hacer esto? –preguntó Valquiria–. ¿No sería más inteligente?

–¿Y dejarlo a su libre albedrío para que asesine a alguien esta noche?

–Es de noche y hay luna llena, pero no oigo ningún aullido. Puede que la cosa no sea tan grave como piensas.

–Es que todavía no se ha transformado. Durante todo el día habrá estado de peor humor de lo normal, y al atardecer habrán empezado las jaquecas. En cuanto se hiciera de noche, los calambres. A juzgar por la altura de la luna, tenemos diez minutos antes de que se transforme. Durante unas tres horas estará cubierto de pelo, y cuando la luna se oculte cambiará de nuevo.

–¿Y por qué no le disparamos el sedante mientras aún es humano?

–No es buena idea –repuso Skulduggery abriendo el portal–. A veces puede funcionar, pero lo normal es que se transforme de todas maneras y la descarga de adrenalina elimine el tranquilizante de la corriente sanguínea. El lobo se despierta muy enfadado, y haría falta el doble de dosis para volver a tumbarlo.

–Así que tenemos que esperar a que se transforme antes de hacer nada.

–Evidentemente.

–Parece mucho más peligroso.

–Así es –sacó un rifle con dardos tranquilizantes idéntico al de Valquiria–. ¿Preparada?

–Bueno...

–Así me gusta.

Subieron las escaleras hasta la tercera planta. Reinaba un silencio absoluto, como si el edificio entero estuviera conteniendo la respiración. Se acercaron al piso de Ed Stynes y Skulduggery sacó de nuevo la ganzúa. Empujó la puerta con cautela: no había luz en el interior. Se llevó la mano a la clavícula, presionó los símbolos que tenía grabados y su falso rostro se retiró dejando al descubierto la calavera.

Entró en el apartamento y Valquiria le siguió, cerrando la puerta con un débil chasquido. El rifle pesaba, así que lo sostuvo con las dos manos como Skulduggery le había enseñado.

Por ahora no se oía ningún gruñido.

Pasaron al salón y Skulduggery se acercó al sofá para asegurarse de que Ed Stynes no estaba allí dormido. Era difícil distinguir nada en la oscuridad, pero dado que Skulduggery no hizo ademán de disparar, Valquiria se imaginó que el sofá estaría vacío. Aunque ella era la única de los dos que tenía ojos en la cara, la visión nocturna del esqueleto era muy superior a la suya.

Recorrieron el pasillo y comprobaron que no había nadie en la pequeña cocina. Un rayo de luna iluminaba las pastillas para el dolor de cabeza que había en la encimera.

Se oyó un gruñido repentino en la zona del dormitorio. Valquiria estuvo a punto de apretar el gatillo de forma automática, pero Skulduggery inclinó la cabeza en su dirección y se desplazó por el corredor en completo silencio; un gato habría hecho más ruido. Valquiria lo siguió, pegándose a la pared para evitar que crujiera la madera del suelo. El esqueleto pasó por delante de la puerta del dormitorio y se situó a un lado.

Valquiria se adelantó y echó un vistazo al espejo de enfrente para atisbar el interior del dormitorio. Se oyó una maldición mascullada y algo se movió en la oscuridad. La lámpara de la mesilla se encendió. Valquiria se quedó inmóvil, notando cómo la adrenalina corría por su cuerpo, pero lo único que hizo Stynes fue retirar las mantas y sentarse en la cama. Estaba sin afeitarse, pálido y sudoroso, como si le doliera algo. Gimió al incorporarse. Valquiria cruzó una mirada con Skulduggery y movió los labios: «¿Nos escondemos?». Él negó con la cabeza, así que la chica se quedó donde estaba, mirando al espejo.

Stynes dio un paso y se encorvó.

–Ay, Dios...

Se enderezó, con un grito tan repentino que Valquiria dio un brinco. Luego extendió las manos, crispó los dedos como si aferrara algo invisible y bramó de dolor.

Valquiria nunca había oído nada parecido.

La lámpara proyectaba una luz amarillenta contra su piel, en la que crecían gruesos pelos negros. El vello se extendió como una alfombra enmarañada por el pecho, la espalda, los brazos y los muslos. Stynes cayó de rodillas; sus piernas cambiaban de forma, los huesos se alargaban y se recolocaban. Contempló horrorizado sus manos mientras las uñas caían al suelo y unas garras largas y afiladas crecían en su lugar.

–Ayuda –jadeó–. ¡Que alguien me ayude...!

Se puso a cuatro patas y se retorció con un alarido que desgarró su garganta, mientras se le dislocaba la mandíbula. Su quijada chasqueó, se hinchó como un globo y pareció reventar, y la piel se estiró sobre el hocico recién formado. Los colmillos desgarraron sus encías y su grito se convirtió en un aullido animal de rabia y dolor.

Skulduggery alzó tres dedos y Valquiria clavó la mirada en su cuenta atrás: tres, dos, uno... El detective esqueleto irrumpió

en la habitación, con el rifle tranquilizante en ristre. Valquiria tardó un instante en seguirle; estaba aturdida por lo que acababa de presenciar, y el lobo la pilló totalmente desprevenida cuando se abalanzó contra ella para escapar de la habitación.

Se derrumbó hacia atrás en la oscuridad, sin comprender muy bien lo que estaba pasando. Algo se rompió con estrépito y el lobo gruñó mientras Skulduggery soltaba una maldición. Valquiria entrecerró los ojos: solo veía una figura peluda que se sostenía sobre dos piernas.

Miró su mano vacía, preguntándose dónde demonios estaría el rifle. Palpó la alfombra y rozó algo metálico con los dedos. Se lanzó a recoger el arma, se levantó, se giró con el dedo ya apoyado en el gatillo... y salió despedida hacia el salón. Mientras Skulduggery saltaba hacia ella, Valquiria empujó con todas sus fuerzas a su atacante, pero no pudo evitar que la derribara contra el sofá. El mueble se volcó y Valquiria cayó detrás.

Se incorporó a toda prisa y buscó de nuevo el maldito rifle. Levantó la mirada al oír un grito de Skulduggery y vio que este salía despedido por la habitación hasta estrellarse contra la tele. El licántropo se abalanzó sobre él, lo aplastó contra el suelo sembrado de cristales rotos y le lanzó un zarpazo brutal. A la luz de la luna, Valquiria vio la ferocidad con la que la bestia le rasgaba la ropa y le arañaba las costillas.

Giró la muñeca y un lazo de sombras envolvió el cuello del lobo, tirando de él hacia atrás. Pero la fuerza de la bestia era tremenda, y Valquiria no pudo evitar que se soltara. El monstruo se giró y la taladró con sus ojos amarillos.

Valquiria se dio la vuelta y echó a correr hacia el dormitorio, con el licántropo pisándole los talones. Manipuló el viento para darse impulso y saltó por la ventana, notando cómo los fragmentos de cristal se le clavaban en la ropa. Al menos estaba fuera, precipitándose en el aire, y el lobo...

... el lobo se estrelló contra ella. Valquiria perdió el control del viento y los dos cayeron en un amasijo de miembros. El lobo lanzaba tarascadas y trataba de rasgar la chaqueta de Valquiria con las garras, hasta que golpeó el suelo con un aullido. Valquiria rebotó y rodó por el patio. El licántropo se incorporó y se sacudió para despejarse. Cuando volvió a mirar a la chica, ella ya huía a la carrera.

UN HOMBRE LOBO EN DUBLÍN



VALQUIRIA extendió los brazos y el viento la alzó en vilo, permitiéndole superar el muro que le cerraba el paso. Descendió tropezando y dando tumbos hasta recuperar el equilibrio; luego tomó carrerilla y empleó el aire para subir de nuevo, hasta encaramarse a un tejado bajo desde el que trepó a pulso a otro más elevado. Gruñendo por el esfuerzo, tomó impulso, rodó sobre sí misma y terminó en cuclillas. Contuvo el aliento mientras oía los latidos atronadores de su corazón e intentó concentrarse en los ruidos del licántropo que la perseguía.

No se oía nada salvo un retumbar de música de baile.

Manteniéndose agachada, corrió hasta el otro extremo del tejado. Algo más adelante había una hilera de gente que esperaba para entrar en una discoteca muy iluminada; sus risas se mezclaban con el ritmo de la música. Para un hombre lobo que acababa de ver cómo se le escapaba la cena, aquello tenía que ser una invitación irresistible.

Y allí estaba, oculto en la oscuridad, en el callejón de enfrente. Valquiria atisbó su silueta que se deslizaba lentamente entre la luz y las sombras. Corrió hasta el borde del tejado y el viento la alzó por encima de los coches. Con un leve impulso más,